

Conferencia Regional sobre Alianzas Estratégicas 1 995*

*Claude Béland***

*Señor Presidente,
Señoras, Señores,
Queridos amigos cooperativistas:*

Estamos aquí reunidos para explorar las posibilidades de establecer entre nosotros alianzas estratégicas. Yo veo en ello la marca de estos tiempos en que vivimos, una prueba de que el movimiento cooperativo ocupa un lugar cada vez más importante en nuestras distintas economías locales y nacionales por el mundo.

Hubo un tiempo, no tan lejano, en que lo que se denominaba cooperativa en una parte del mundo no era, necesariamente, idéntico a lo que significaba una cooperativa en otros lugares, de forma que sentíamos entonces la necesidad de reunirnos para conocernos mejor y para establecer un consenso en torno a los valores que nos unían y los principios que nos gobernaban.

Yo creo que, en este aspecto, aprovechando la evolución de los medios de comunicación, hemos logrado, en el transcurso de estos últimos años, realizar rápidos progresos y establecer los consensos buscados. Recientemente, en Manchester (Inglaterra), acordamos dar una definición de cooperativa e, incluso, hacer una declaración sobre nuestra identidad como movimiento mundial.

Hasta hace muy poco tiempo, deseábamos también encontrarnos para intercambiar impresiones acerca de nuestras respectivas experiencias y perfeccionar los medios que nos permitiesen hacer evolucionar nuestras cooperativas, cada cual en su país. Con frecuencia, las cooperativas que comienzan aprovechan estas reuniones para solicitar ayuda, económica o de otro tipo, para poder implantarse en su propio medio. Juntos, hemos progresado.

Pero he aquí que, en los albores del siglo XXI, queremos dar un paso más. Nos interrogamos ahora sobre la posibilidad, de aquí en adelante, de realizar "negocios" juntos, estableciendo alianzas. De esta forma, iniciamos una nueva era.

En efecto, aquí ya no hablamos de ayuda, de dones o de subvenciones. Nada de eso. Hablamos, más bien, de negociar convenciones en las que cada una de las partes encuentre su beneficio. Una alianza es precisamente eso: un acuerdo entre partes que quieren progresar juntas. Es, por lo tanto, una fórmula ganadora para todos aquellos que se adhieren a ella, encontrando cada cual un medio adicional para realizar aún mejor su misión, en su entorno.

() Discurso pronunciado por Claude Béland con motivo de la Conferencia Regional sobre Alianzas Estratégicas 1995, celebrada bajo los auspicios de la Alianza Cooperativa Internacional, Miami (EE.UU.), 6 al 8/12/95.*

*(**) Presidente del Movimiento de las Cajas Desjardins*

Ahora bien, no cabe duda que nosotros no podemos, como tales cooperativas, tratar de hacer alianzas de la misma forma que las hacen las empresas tradicionales. Por lo general, éstas establecen alianzas con el fin de hacer fructificar mejor el capital de sus accionistas, sin preocuparse, pues, del desarrollo de las colectividades o del desarrollo de las economías locales. En efecto, si bien en otros tiempos las empresas se identificaban con el desarrollo de su país o su región de origen, hoy día, bajo el efecto de la mundialización de los mercados, las empresas están cada vez menos ligadas a su medio y cada vez más a sus accionistas, que se encuentran repartidos por el mundo entero.

Si antaño las empresas, por la proximidad a sus mercados, asumían ciertas responsabilidades respecto al desarrollo de una colectividad determinada, en lo sucesivo, en virtud de su carácter más anónimo, tiene como principal preocupación el pago de buenos dividendos a sus accionistas. Estos mismos accionistas, por su parte, tienen como única meta el aumento de su riqueza individual y no el desarrollo de su entorno. Si pueden realizar mayores beneficios negociando en los mercados internacionales, lo harán de buen grado incluso si ello resulta en detrimento de su propia colectividad.

Ahora bien, éste no es, por supuesto, el objetivo que persiguen las cooperativas ya que su obligación primera es, más bien, contribuir al mayor bienestar económico y social de su miembros y de la población que habita en el medio donde ellas prestan sus servicios. Es ésta su razón de ser. Como cooperativistas, no somos, pues, dueños de capitales que buscan hacerlos fructificar lo más posible yendo hacia los mercados más provechosos. No, nosotros somos, ante todo, representantes de grupos de personas que han decidido asociarse, con una base democrática, en empresas que les pertenecen, satisfaciendo así algunas de sus necesidades.

En otras palabras, las cooperativas tienden a desarrollar economías locales o regionales: son los promotores no sólo del crecimiento económico sino también, y sobre todo, del desarrollo de las personas y de las colectividades. Y cuando digo desarrollo, me refiero a la definición que de él daba el que fue Secretario General de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, cuando decía que desarrollo significa vivir mejor y, sobre todo, vivir mejor juntos, en el compartir y en la solidaridad.

He aquí, me parece, el verdadero papel de las cooperativas. Esto hace de ellas el instrumento por excelencia para garantizar el desarrollo de las economías locales, regionales, o incluso nacionales.

Pero resulta que el mundo cambia. La espectacular evolución de las tecnologías de comunicación ha empequeñecido considerablemente el planeta. Vivimos, desde ahora, en lo que ha dado en llamarse "aldea global", en un mundo en el que los mercados no conocen fronteras.

Ahora bien, en este mundo nuevo, ¿cómo deben reaccionar las cooperativas? A primera vista, podría pensarse que, en un mundo donde la economía llega a ser mundial, no hay futuro para las organizaciones cuya vocación fundamental sea asegurar el desarrollo de las economías locales.

Pero cuando se observan los efectos de la evolución de la economía mundial, se da una cuenta de que, por el contrario, las cooperativas son, más que nunca, en los albores del siglo XXI, instrumentos esenciales para el desarrollo de los pueblos, en cualquier parte del mundo.

En efecto, nos damos cuenta hoy día que la mundialización de los mercados obliga cada vez más a las poblaciones, a escala local o regional, a aunar sus fuerzas para desarrollar en su medio una economía fuerte, capaz de responder a sus necesidades.

Porque hay límites a la mundialización a ultranza, tanto para las empresas como para las naciones. En realidad, hay que darse cuenta de que, si la economía planetaria abre grandes mercados a quienes puedan explotarlos, ello no da la menor garantía para un mayor bienestar al conjunto de las poblaciones. Puesto que, primero, éstas no viven en el planeta sino, ante todo en un pueblo, en una ciudad o en un país, resulta que, para que dichas poblaciones sigan viviendo donde eligieron vivir, será para ellas cada vez más estratégico trabajar primero en el desarrollo de las economías a estos niveles: local, regional y nacional. En este contexto, habrá que apuntar, a estos niveles, no solamente al crecimiento sino, más bien, al verdadero desarrollo de nuestro medio, es decir que será necesario tratar de construir entornos para vivir, donde las personas vivan mejor juntas, en la solidaridad. Las colectividades deberán, por lo tanto, definir sus economías de forma que éstas permitan a cada uno vivir donde quiera hacerlo, con toda dignidad.

En mi opinión, esta visión del futuro económico queda ampliamente justificada cuando se observan las consecuencias de la globalización actualmente en curso. Bien es verdad que se puede constatar, con cierta satisfacción, que la mundialización de los mercados ha permitido ya el crecimiento económico de la mayoría de los países industrializados; pero también hay que reconocer que, como contrapartida, la extensión casi ilimitada de la economía de libre mercado engendra importantes problemas políticos y sociales.

Se da uno cuenta de que, si bien la mundialización aporta un mayor crecimiento, esto no favorece necesariamente el desarrollo armonioso de la población. El crecimiento de los últimos años deja a la gente cada vez más perpleja, porque las ventajas no se perciben con claridad. La gente constata que el crecimiento es posible sin su concurso, que el PIB puede aumentar sin que por ello se creen nuevos puestos de trabajo. El empleo no se perfila como el medio privilegiado para compartir el fruto de la producción.

Pese a todos los progresos de estos últimos años, la distancia que separa a los ricos de los pobres no deja de aumentar. El informe mundial sobre el desarrollo humano, publicado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, pone de relieve que, mientras que en 1970 el 20% de los más ricos se repartían el 70% de los ingresos mundiales, ahora alcanzan el 83% de dichos ingresos. Hoy en día existen en el mundo 800 millones de ricos (gente que gana más de 12.000 dólares US) frente a 4.000 millones de pobres (que ganan menos de 3.000 dólares US). Pocos de nuestros respectivos países escapan a esta polarización de los ingresos, que se observa incluso en las sociedades más ricas. El foso entre ricos y pobres no cesa de ensancharse y la economía mundial no ofrece ninguna solución a este grave problema.

Esta situación es denunciada hoy, no solamente por los filósofos o los sociólogos, puesto que algunos economistas y financieros secundan ya esta denuncia.

Un editorial reciente de la revista *Courier International*, aparecido en un número especial realizado con la revista *The Economist* decía, en resumen, que si las desigualdades hacen gastar tanta tinta en la prensa económica es sobre todo, porque ponen en peligro el crecimiento que se nos promete. Hoy en día, agrega el artículo, los economistas descubren que las disparidades entre los ingresos altos y los bajos tiene un impacto negativo sobre el

crecimiento. Ahí está el desafío. Los gestores más sagaces, sigue diciendo, no mantendrán por más tiempo el sueño sobre las cifras del crecimiento mundial alcanzado en 1995, porque si dicho crecimiento no va acompañado de una reflexión sobre la desigualdad, es portador de un germen capaz de anular, a plazo fijo, sus efectos sobre la economía.

Y la revista *The Economist*, por su parte, lanza esta advertencia: "Los años 80 fueron los de una confortable simplicidad económica. Bastaba con reducir los impuestos, disminuir el papel del Estado y actuar de manera que los mercados funcionasen. La tarea de los próximos años - encontrar cómo distribuir más ampliamente los frutos del crecimiento económico- será mucho más difícil.

Frente a una economía mundial que, en lugar de favorecer un mayor bienestar del conjunto de la población, tiene más bien tendencia a aumentar las distancias entre los diversos niveles de bienestar, me parece que la fórmula cooperativa se adapta perfectamente a los desafíos de hoy día y que constituye el mejor instrumento para fomentar el desarrollo de las economías locales y regionales.

Y más aún cuando las poblaciones, en el mundo entero, conservan ese profundo deseo de vivir donde eligieron hacerlo. Por lo tanto, estas poblaciones no tolerarán ser las víctimas de la mundialización sino que, más bien, tomarán las medidas necesarias para reactivar sus propias economías. La gente no aceptará ser sacrificada en aras del desarrollo de la economía; deseará, más bien, que sea la economía la que esté a su servicio. Ahora bien, la cooperación está, precisamente, al servicio del público y nos enseña que la economía no es un fin, sino un medio.

La evolución de la economía mundial obligará, pues, a instaurar nuevas solidaridades nacionales. En mi opinión, es el cooperativismo el que podrá estructurar mejor estas solidaridades, que son esenciales para las poblaciones deseosas de tener el control de su economía y los medios para asegurar la fuerza y el dinamismo de la misma.

Esta filosofía del desarrollo que hace que, cuando el Movimiento de las Cajas Desjardins, en su calidad de institución financiera, esté presente en los mercados extranjeros es, por encima de todo, para acompañar a sus miembros que desean realizar negocios allí. En efecto, no entra en la estrategia del Movimiento Desjardins el llegar a poseer bancos fuera de Québec. (Sólo hay una excepción: somos propietarios de una sucursal bancaria aquí, en Florida, porque miles de nuestros miembros vienen a pasar varios meses de invierno. Los hemos seguido para atenderlos mejor. Pero no estamos aquí, principalmente, para explorar el mercado de Florida...).

Para acompañar a nuestros miembros fuera de Québec, preferimos firmar convenios de servicios o acuerdos de cooperación con otros bancos, como lo hicimos, recientemente, con el Crédito Mutuo de Francia, los Bancos Populares de Francia, DG Bank de Alemania, El Banco Popular Español, La Nacional Financiera de México, el Banco Central Popular de Marruecos, el Banco Hopoalim, de Israel, y US Central Credit Union, de Estados Unidos. Tenemos también corresponsales bancarios en más de 70 países por todo el mundo. Pero nuestra intención primera es hacer siempre de cada cooperativa un instrumento de desarrollo de su medio y nuestros esfuerzos van dirigidos en ese sentido.

En Canadá y, particularmente en Québec, la gente ya está atenta a la necesidad de desarrollar economías bcales. Personalmente, creo que se trata de una tendencia que irá

acentuándose, especialmente en las regiones donde los frutos de la mundialización de los mercados no siempre son tangibles para la población.

En este sentido, los retos que nos aguardan a las puertas del siglo XXI son tan importantes como estimulantes. Para poder enfrentarnos, no bastará con sentirnos seguros encerrándonos en la esfera económica. En adelante, habrá que desarrollar la economía, preocupándonos de sus efectos políticos y sociales; en resumen, hará falta poner la economía al servicio de las poblaciones.

Como cooperativistas, podemos y debemos, en nuestros países respectivos, ser los promotores de esta nueva economía y de este nuevo mundo.